



Influencias del pensamiento de Enrique Pestalozzi dentro de la sociedad cubana de las primeras décadas del siglo XIX: ilustración y educación

Carmen Gisela CABRERA RODRIGUEZ

Oficina del Historiador de la Ciudad de la Habana

Resumen

Mi investigación versará sobre las implicaciones que en el seno de la sociedad cubana de la época tuvo el conocimiento del método de Pestalozzi, para evidenciar que la influencia de sus ideas contribuyeron al fortalecimiento de un grupo de fuerza dentro del ámbito cultural e intelectual de la época, y con ello al surgimiento de espacios alternativos dentro de la sociedad y de las ideas de nación y cultura cubanas.

Introducción

El surgimiento de Cuba como nación se vincula directamente a proyectos de renovación económica y social de disímil índole iniciados a principios del siglo XIX. Uno de ellos se relaciona con los cambios de la base económica, dadas en las transformaciones productivas del sector azucarero. El mejor de sus ejemplos lo constituye el surgimiento del ingenio, como expresión más concreta de dicha renovación. Pero este era un proceso que entrañaba una profunda contradicción al optar por la prolongación de la esclavitud como base de la producción azucarera y con ello de la economía del país. El otro de los proyectos tiene su origen en la influencia recibida de la ilustración francesa sobre algunos sectores de las capas medias, en especial un grupo de profesores y alumnos del Seminario de San Carlos y San Ambrosio, ubicado en La Habana, que se encontraba bajo la protección del Obispo Juan José Díaz de Espada y Fernández de Landa. Su forma de asumir las ideas ilustradas comenzaba por la crítica a las formas casi feudales del desarrollo social cubano, y por la instrumentación de planes para el desarrollo de la pedagogía, las ciencias y las artes fuera del alcance de la tradición y en base aun pensamiento liberal.

Por la acción de estas fuerzas, el siglo XIX es el momento de definición de la conciencia nacional, y de lo que comenzaría a identificarse como valores culturales cubanos. Ahora bien, en los primeros años del XIX se hacía muy difícil hablar de identidad o de cubanía por el bajo nivel de integración de los diferentes sectores sociales a una idea que los identificara como pertenecientes a un tronco común o raíces peculiares, que marcaran la diferencia esencial con el resto de las naciones y pueblos.

La infranqueable estamentación social, impuesta a sabiendas por los sectores económica y socialmente

privilegiados, acentuaban con su acción la diferenciación sustancial del resto de la sociedad o lo que es igual de las amplias capas de población. Toda labor para mejorar el retraso cultural y material de estos sectores, se perdía como arena entre los dedos. Es aquí donde el grupo ilustrado actuaría con mayor fuerza.

Una de las llamadas de alerta, y primeros proyectos a ejecutar estuvo en la creación y posterior desarrollo de un sistema de enseñanza pública eficaz. Es por ello que se comienza la revisión de los métodos pedagógicos conocidos y estudiar las experiencias del Instituto Pestalozziano de Madrid. La aspiración era importar unas de las sistematizaciones pedagógicas más brillantes entre las que existían en la ciencia de la educación del momento. Un sistema basado en las ideas roussonianas que creía en una enseñanza objetiva y apostaba por la experiencia individual del educando, de carácter profundamente social.

El sistema pestalozziano provocó grandes polémicas pues significó la toma de conciencia sobre el problema de la educación en la colonia.

Más se perdió en Cuba

Algo más que en un bocadillo de ocasión fue la frase anterior para muchos españoles cuando en 1898 perdieron a la «Perla de las Antillas». Tal expresión guardaba el significado de lo que fue Cuba para su poder colonial, y el síntoma de la singularidad de esta Isla en el contexto de un continente al cual habían dominado durante siglos. La siempre fiel Isla de Cuba, como también fue llamada, podía ser comparada con las dos caras diferentes de una rara y valiosa moneda. Una obediente y dócil al control de la Metrópoli, la otra preocupada por su esplendor, y elusiva a las órdenes de la Corona.

El siglo XVIII trajo a la Isla el desarrollo de dos procesos paralelos: el debilitamiento de España como metrópoli hegemónica del Nuevo Mundo y la formación de lo nacional, o sea, la aparición de lo criollo. Es así que el desarrollo de la Isla comienza a gestarse en dos líneas, en ocasiones coincidentes, una derivada de la Madre Patria, y la otra concebida según los intereses de aquellos criollos «de bien» adinerados e ilustrados. Las tensiones entre ambos procesos permitieron, en muchos casos, que las élites cubanas actuaran en pro de sus planes con carácter dual y en cierto modo ambiguo. No se buscó terminar definitivamente el tutelaje español sobre Cuba, sin embargo



y al unísono, se articuló el desenvolvimiento de instituciones y mecanismos que contribuyeron al crecimiento y mejoramiento de la Isla en todos los terrenos. Las disposiciones españolas sirvieron para demorar el progreso de la Isla, pero nunca para arrancar de raíz la inspiración de aquellos criollos ricos, de suficiente sentido común, que pusieron todo su empeño en ver realizados sus sueños de grandeza.¹

Hasta el gobierno de Don Luis de las Casas, comenzado en 1791, la isla de Cuba había sido testigo de como se desarrollaba en su región occidental un incipiente modelo plantacionista, fundamentalmente azucarero, en sustitución de la economía de suministros que había tenido una presencia preponderante hasta el estallido de la revolución haitiana. Pero en los años siguientes, las continuas transformaciones ocurridas en el mundo occidental provocaron que la Colonia, antes dependiente del situado de la Nueva España, se colocara entre las primeras productoras-exportadoras de azúcar de caña del mundo. La economía había cambiado.

La generación de hombres que vivía estos cambios se vinculó además, con los principales símbolos de rompimiento de su época. Conoció de la firma de la Declaración de Independencia de las Trece Colonias y del surgimiento de la primera república de América, observó pasmada como la revolución en Francia le daba la libertad a los esclavos y decapitaba al Monarca y a su consorte; así mismo contempló como en la vecina y antes exitosa colonia de Saint-Domingue, el mundo se ponía de cabeza y, cosa insólita, los negros derrotaban a sus opresores blancos y comenzaban a gobernar el antiguo territorio borbónico. Tampoco escaparon a la mirada de aquellos hombres las campañas napoleónicas y la caída del emperador corso. La Europa de las luces formó parte de su ideario vital, y dio consistencia a quienes creían necesario el cambio social. Es así que las ideas de la necesidad de la experimentación, del valor del uso de la razón, y del cuestionamiento de la tradición, siempre que no estuviera basada en argumentos lógicos del razonamiento, se asentaron dentro de las primeras manifestaciones de la conciencia nacional. Comprendió, sin sufrir en carne propia, hacia dónde llevaban los últimos acontecimientos, lo que debían permitir y a que temerle por encima de todas las cosas, claro está, en beneficio de sus planes.

En el seno de esta sociedad de contradicciones convivieron, a un mismo tiempo, un sector que aunque favorable a los cambios económicos y tecnológicos, apoyaba el infame negocio de la esclavitud², y otro que pretendía arrebatar a la Isla de las garras de la depauperación moral y el desorden social por medio de la modernización de las instituciones de asistencia social. Una mezcla que se antoja en cierta medida excluyente, riqueza proveniente de la esclavitud y modernidad social derivada de la ilustración, constituyó el soporte de los futuros cambios en la Isla.

Aquella primera generación de hombres de ciencias y letras asumió las riendas de la Colonia y, de acuerdo con los incipientes plantadores azucareros y de los algo versados comerciantes de géneros y esclavos, llevó a la Isla a un estadio económico, político y social superior. Esta fue una época acelerada.

En este juego de subsistencia y progreso, tres instituciones tenían en sus manos el desarrollo de la Isla. Por ellas pasaron la mayoría de las decisiones sociales, políticas y económicas de la Colonia. Sus integrantes se encontraban en los bandos divergentes que constituían las élites cubanas, y a menudo pertenecían a más de una de ellas. De ahí que las acciones de una se entrelazaran y tuvieran efectos en las restantes. La más antigua de dichas corporaciones era el Ayuntamiento o Cabildo de la Ciudad de la Habana. Esta institución, creada en el siglo XVI, tenía una larga tradición en la capacidad para tomar decisiones relacionadas con el futuro de la Colonia. En algunas oportunidades sus representantes gozaron de gran influencia ante los capitanes generales e incluso ante los reyes de turno.

Una segunda institución fue el Real Consulado de Agricultura y Comercio, aprobado por Real Cédula de 4 de abril de 1794. Entre los objetivos de esta institución resaltaba la intención de que sirviera para obtener «la más breve y fácil administración de justicia en los pleitos mercantiles, y la protección y fomento de la agricultura y comercio en todos sus ramos». El Consulado estuvo a cargo del desarrollo económico de la isla de Cuba y es bueno apuntar que durante su existencia no escatimaron sus miembros recurso alguno que pudiese conducirlos al éxito de sus intereses.

La tercera corporación que participó de la orgía de crecimiento intelectual y económico de la Isla fue la Real Sociedad Patriótica de La Habana, creada en 1793 como parte de la moda ilustrada llegada a Cuba desde Europa. La Real Sociedad se dedicó desde sus primeros momentos a desarrollar las artes, las letras y la agricultura en la Isla. Como resultado de sus

¹ Hasta finales del siglo XVIII, Cuba había funcionado como una colonia de suministros. La flota de Indias hacía su postrer escala en La Habana con el objetivo de reunir todos sus buques antes del largo viaje a través de Atlántico. No obstante, a partir de 1791, el comienzo de la revolución haitiana propició las condiciones necesarias para que la antes exigua colonia, despegase económicamente, sustituyendo a su vecina en ruinas. Cuba se convirtió en pocos años en la más preciada joya de la Corona hispana y en la principal suministradora de capital para el financiamiento de las guerras que debían enfrentar los monarcas de la casa de Borbón. El azúcar, el café y el tabaco rindieron lo necesario para convertir a la ineficiente isla en imprescindible, en un corto período de tiempo. Esta tendencia se mantuvo hasta el momento mismo de estallar la primera guerra de independencia de la Isla, en 1868.

² Se entraba al siglo XIX como una sociedad esclavista moderna donde era práctica admitida la expedición de reglamentos locales, coloniales y reales para un mejor control de la situación, en los que se dejaban claros los deberes y derechos de amos, empleados y esclavos. El objetivo de estos documentos era dejar expedito el camino al desarrollo económico en la Isla. Otros documentos, no menos interesantes, fueron apareciendo a lo largo del período. Tal vez uno de los más interesantes – dotado de un carácter educativo y paternalista, pero muy intencionado – fue la interesantísima doctrina cristiana para enseñar a los negros bozales la religión de sus carceleros que vió la luz a fines del siglo XVIII.



esfuerzos se logró una continuidad en la publicación del *Papel periódico de la Habana*, se alcanzaron varios éxitos en materia científica y se promovieron la salud, la educación y el sentimiento de pertenencia a la patria – lo que en este caso significaba, indistintamente, a La Habana o a España. Fue a través de ella que se promulgaron substanciales cambios sobre el clima social de la época y vieron la luz las instituciones encargadas de velar por el adecuado desarrollo de la educación, de las casas de beneficencia, de las cárceles y de la salud pública. Sobre esta institución volveremos más adelante.

Estas tres instituciones clamaron, pidieron, exigieron, protestaron y suplicaron de las Cortes y monarcas cuanto les fue menester. Su leyenda fue muy bien tejida y cada hebra de la madeja fue aprovechada en aras de obtener los adelantos necesarios para la Colonia³.

La prosperidad de la Colonia, y por extensión, la de estas instituciones estuvo rigurosamente determinada por su capacidad de continuar y, de hacer posible, la entrada de Cuba en el concierto de la modernización. Con una estrategia de desarrollo, al menos en la primera mitad del siglo XIX, basada en obtener, selectivamente, para la Isla aquellos avances, métodos y sistemas propios de las sociedades más avanzadas del momento, Cuba se permitiría la continuidad de su solidez económica y el dinamismo de su sociedad. La idea al final consistía en crear una Cuba a la par de Europa, o mejor, de Inglaterra. Una Cuba que con el tiempo, y los problemas, se convertiría en los Ojos de la Corona⁴.

Este texto se abre con la sentencia que de generación en generación ha perdurado entre cubanos y españoles, para identificar una gran pérdida. Una pérdida siempre se compone de nostalgia y del reconocimiento a la grandeza de un momento. Eso es lo que fue Cuba: una pequeña colonia capaz de crecer más que ninguna otra, cuyas aspiraciones y sueños se elevaron, selectivamente, hacia donde estuviera ubicada la cima del mundo.

La Sociedad Económica de Amigos del País: «socorre enseñando»

«Socorre enseñando» era el lema que presidía la creación de las Sociedades Económicas que surgieron en España, y por toda Europa, en los años finales del siglo XVIII. Dichas sociedades tenían bajo su guarda la promoción y mejoramiento tanto de los intereses económicos nacionales como la renovación y vigilancia de las causas sociales de primera urgencia. Ellas observaban como objetivo fundamental crear un plan de fomento nacional, pensado en pro de dar algún remedio a la falta de organización, y al vacío del funcionamiento de las instituciones o sectores encargados del adelanto de las causas sociales. Por el espíritu antes indicado, en Cuba también se propuso la creación de este tipo de instituciones que tanto contribuyeron al desarrollo de diversos aspectos de la sociedad.

Tal realidad llegó a La Habana en 1793 cuando se funda la Real Sociedad Patriótica de La Habana⁵, luego conocida como Sociedad Económica de Amigos

del País, con el propósito de contribuir a la orientación de los esfuerzos del Gobierno y de las personas ilustres en la creación y perfeccionamiento de instituciones de carácter social. Sus objetivos principales estaban en colaborar a la común felicidad de «la Nación», procurando «el aumento de la población», la sujeción de la agricultura a reglas de prosperidad específicas, la promoción de la industria popular, el saneamiento de las sociedades de beneficencia y la renovación de la instrucción pública.

Cuando el Obispo Juan José Díaz de Espada y Fernández de Landa, formado bajo la influencia de la ilustración española, y por supuesto de la francesa, asumió la presidencia de la Sociedad en 1802, comenzó un nuevo período lleno de creatividad y de trascendental impacto, por el alcance de los proyectos llevados a hechos. El Obispo tenía en su favor las buenas relaciones con la Corte, en especial, con el favorito de los reyes Manuel Godoy, situación que beneficiaba enormemente sus proyectos.

A partir del plan de acción concebido por el Obispo Espada se comenzó la reforma a fondo de todas las instituciones oficiales de asistencia social, culturales, educacionales y de la salud pública de la Colonia. En el fondo, este plan maestro no tenía más objetivo que el de sanear la sociedad cubana desde el punto de vista moral y darle una nueva posibilidad de vida a aquellos sectores marginados y sin recursos. Los primeros problemas sociales en recibir su atención fueron el de la Casa de Beneficencia, la de Expósitos, la de Recogidas, el de las cárceles y el de la situación de los dementes.

Las acciones llevadas adelante fueron dirigidas al mejoramiento del estado físico y material de tales instituciones, y tenían como aspiración instruir a sus integrantes en las normas morales y éticas de convivencia social, además de dotarlos de un oficio con que buscar un mejor porvenir. Convertirlos en personas útiles, capaces de integrarse y de servir a la

³ Numerosos argumentos engrosaron su arsenal a través de los años, entre ellos tuvieron especial éxito aquellos que resaltaban la extrema fragilidad y falta de protección de la Isla, siempre a merced de las amenazas internacionales y del salvajismo de los negros esclavos.

⁴ Esta aspiración explica la fundación, en 1791, del *Papel Periódico de La Habana*, que tuvo el objeto de promover el debate y la circulación de ideas sobre las costumbres o hechos significativos de la Isla, la instrumentación de los adelantos en la industria cafetalera traídos por los emigrados de Saint-Domingue, el hecho de que el conde de Casa Montalvo importara, en 1796, la primera máquina de vapor destinada a la industria azucarera – la cual no funcionó hasta veinte años después –, la discusión, en 1798, de los adelantos vistos en la construcción de caminos y canales, acometándose un intenso plan para la ejecución de los necesarios, y como final, lo insólito de que el ferrocarril rodara primero en la Isla, en 1837, antes que en España.

⁵ En razón a la verdad la fundación de la primera Sociedad Económica cubana ocurrió en la ciudad de Santiago de Cuba, en el Oriente de la Isla, la cual fue solicitada en 1783, y se hizo efectiva en septiembre de 1788. Los objetivos de ella se centraban en la búsqueda de soluciones que sacaran al Oriente cubano de su tradicional marginación política, social, militar y económica.



sociedad, a Dios y a sí mismos. Desde su visión, tales instituciones existían para darle abrigo a estas personas, en tanto lo necesitaran, y proveerlas de los medios necesarios para mantenerlos lejos del vicio y la vagancia en la que podían caer, a causa de su suerte y del descuido de la sociedad en su conjunto. Acción social e individuo eran dos conceptos ligados en su reforma.

Las posiciones ilustradas del Obispo lo hicieron apoyar todas las gestiones de sanidad que fueron necesarias ante las epidemias tropicales, reales azotes para la población de la Isla⁶. La campaña de persuasión y saneamiento, dirigida a todos los sectores de la sociedad habanera y de la isla, hizo posible la vacunación antivariólica de una gran cantidad de sus habitantes. Hecho que fue un verdadero éxito a pesar del miedo, que desde la propia Iglesia, se le infundió al pueblo ante el novedoso aporte científico. Para tales tareas se creó la Junta Central de la Vacuna de la Sociedad de Amigos del País, la cual se hizo cargo de la política de sanidad y de la prevención de epidemias, que incluía el uso de vacunas. En este propio deseo de saneamiento de la ciudad, a la que Alejandro Humboldt consideró como una de las menos aseadas de América por sus calles fangosas, poco ventiladas y con olor a carne salada o tasajo, la Sociedad y el Obispo propusieron la creación de un Cementerio General ubicado en las afueras de la ciudad. De tal modo pretendían evitar la continuación de los enterramientos en las iglesias, eliminando así el aire enrarecido que tanto afectaba a las comunidades y al santo oficio.

En su vocación ilustrada quedaba un campo especialmente difícil de reformar: el campo de la instrucción pública y de la enseñanza. Su panorama era realmente devastador. Tal situación significaba reformular completamente las bases sobre las que la enseñanza, a todos los niveles, se había desarrollado. Pero esta condición no era la única razón para pretender reformar hondamente el deprimente estado del sector. La fuerza principal nacía del espíritu ilustrado y renovador del Obispo y sus colaboradores. Para ellos, en los albores de la formación de una conciencia nacional, Cuba no podría alcanzar un status moderno y civilizado con una población atrasada e ignorante⁷.

La reforma se presentaba como estrictamente necesaria. Esa era la inspiración de la Sociedad: socorrer enseñando.

¿ Qué enseñar ? ¿ Cómo enseñar ?

Una importante pregunta se abrió ante los promotores de todas las reformas y mejoras ciudadanas, al chocar de bruces con el problema de la educación: *¿ Cómo lograr un clima de sanidad moral e inquietud científica y artística, cuando el pueblo acusaba la más empedernida falta de conocimientos ?*

No existía un sistema pedagógico digno, la caducidad de sus métodos de enseñanza era ostensible, la estrechez de los contenidos y la oscuridad de los conocimientos conspiraba contra el entusiasmo ilustrado por las ciencias y la experimentación, y por supuesto, las «escuelas de formación técnica y oficios» se encontraban atrasadas en relación a las

que en otros países habían observado los integrantes de la Sociedad. De igual manera era deprimente el estado material de las aulas y lugares destinados para escuelas, y la situación de aquellas personas que ejercían como profesores, teniendo la preparación para ello o no.

En un primer acercamiento estadístico a tales hechos, el informe rendido por el franciscano, Fray Félix González demostraba que de los 39 locales adaptados para escuelas, sólo unos pocos tenían las condiciones necesarias para que los niños no los «confundieran» «con una prisión, lugar de tormento y de horror, en contra de los cuales conspiraba el calor de nuestro clima y la falta de recursos del lugar, por lo que siempre se estaba expuesto a enfermar [...] La enseñanza que es en extremo rudimentaria, solamente se ocupa de enseñar la Cartilla por el dilatado y antipedagógico método del deletreo, las tablas de cuentas y la lectura y, por último, el catecismo de la doctrina cristiana con ideas abstrusas y fuera de la imaginación infantil.»

No se podía llevar adelante el proyecto de «la Isla Grande», tan ansiado por las cabezas más preclaras de la Sociedad y las élites cubanas, con un pueblo ignorante. Menos aún con una población acostumbrada a pensar con métodos medievales, donde la memoria y no la razón marcaban el paso. Y esto lo sabían aquellas personalidades e intelectuales que preconizaban en las aulas del Seminario habanero⁸ el estudio de la física, la química, la matemática en su versión moderna, la necesidad de elaborar la historia y de utilizar el castellano y no el latín para enseñar. Aquellos que defendieron la idea de otorgar

⁶ En el verano de 1802 el Obispo había padecido de la temible fiebre amarilla. De ella se salvaría por la ayuda y cuidados del doctor Tomás Romay y Chacón quien se convertiría en su amigo, médico y colaborador, además de ser el primero en practicar la vacunación en la Isla al aplicarla en su familia y él mismo, como garantía de su beneficio, claro está, luego de «jugar a los dardos» con sus propios esclavos.

⁷ El deseo de prosperidad en todos los campos convenció a las élites económicas cubanas de que era necesario contribuir a la formación de una población propensa al uso de la Razón y abierta al mundo del progreso. Aunque no lo he dicho antes esta población no incluía los negros esclavos, «la población» eran los libres.

⁸ El seminario de San Carlos y San Ambrosio de La Habana había sido fundado en 1774 por el obispo Santiago José de Hecheverría. Desde sus inicios nucleó a su alrededor – en su claustro y aulas – a las figuras más destacadas de la intelectualidad insular de por entonces. Entre la década final del siglo XVIII y las tres primeras del XIX, devino centro emisor de las ideas más progresistas de la época. En sus aulas se discutieron, pocos años después de ser publicadas, las ideas de Adam Smith y Jean Baptiste Say. Entretanto, sus estudiantes adquirirían fama de revolucionarios a causa de sus criterios políticos y sociales. Entre sus más destacados profesores y estudiantes se encontraron los presbíteros José Agustín Caballero, Juan Bernardo O'Gavan y Félix Varela, y los destacados escritores José Antonio Saco, José de la Luz y Caballero y Nicolás Escovedo entre otros muchos. El Seminario fue intervenido y secularizado por la Corona durante el período del Espadón de España, general Espadero, en 1842.



los fondos necesarios a la creación de una red educativa y la adopción de los métodos pedagógicos más avanzados para el florecimiento de la enseñanza, en especial la instrucción primaria o elemental.

Con tal objetivo trabajó la Clase de Ciencias y Artes de la Sociedad Económica de Amigos del País, que comenzó su labor con medidas preliminares y de corto alcance. Ellas estuvieron en el rango de la creación de un sistema de estímulos a maestros y niños consistente, según lo relevante de su labor, en el otorgamiento de premios en metálico y medallas de reconocimiento social, en la distribución de libros y textos para la educación y en el ajuste del acceso a la enseñanza, de acuerdo a las edades y necesidades de los alumnos, y lo que es más loable, en la contribución sistemática, con la mitad de los fondos necesarios para la atención de las escuelas públicas.

Ahora bien, como hombres de luces, sabían que el problema de la educación necesitaba de cambios más radicales y profundos. El tipo de instrucción pública a la que aspiraban precisaba de la renovación total de las concepciones pedagógicas y métodos de aprendizaje utilizados para «educar». De nada valía mejorar, en algunos aspectos, las necesidades materiales de la educación, si los conceptos básicos seguían respondiendo a una concepción atrasada y lejana de los últimos adelantos logrados en el terreno.

La mano benefactora y previsora del Obispo Espada aparece esta vez, como tantas otras, proponiendo a la Sociedad, el envío a Europa del presbítero Juan Bernardo O'Gavan para que ingresara en el Instituto Pestalozziano de Madrid con el objetivo de conocer a fondo y capacitarse en las virtudes del método de Enrique Pestalozzi. No era cualquiera el recomendado para tal misión, sino un hombre Catedrático de Filosofía del Seminario de San Carlos, secretario de la Sociedad y su más allegado aliado.

Como Presidente de la Sociedad el Obispo tenía el empeño de dar a Cuba lo mejor en todo. Mejor aún cuando, como en este caso, el sistema que se proponían instaurar corría paralelo en propósitos, filosofía y búsquedas a sus propias aspiraciones. Juan Bernardo O'Gavan partió en febrero de 1807 hacia Europa a cumplir con la misión que se le había encomendado.

El sistema del educador suizo significaba un giro útil y de profundidad científica en el concepto y la finalidad de la educación, de la idea de educando y del método de instrucción.

Para Pestalozzi, la instrucción se asentaba en un proceso gradual y natural de integración de los conocimientos a la naturaleza particular del niño. En este proceso no era permisible llenar de ideas incomprendidas la imaginación y la sana inteligencia de los infantes. Todo lo contrario, se exigía establecer una armonía simultánea entre la adquisición de los diferentes conocimientos y el desarrollo del entendimiento en todas sus facultades. El ejercicio de la enseñanza se relacionaría con el desarrollo de la intuición, el uso de la propia razón por medio de la experimentación de las cosas, para contribuir a la apropiación de las bases esenciales de las ciencias, la relación directa con el mundo natural que lo rodeaba y el aprendizaje de la moral y los principios éticos a través de una práctica comunitaria centrada en el bien de todos.⁹ Se cumplirían en esta visión las ideas

de Condillac y de Bacon sobre la mejor vía de llegar al conocimiento de alguna materia: el primero diría que el juicio se retiene y adquiere, más por el entendimiento, que por la memoria; el segundo, desde la idea del experimento como las «nupcias entre la mente y el Universo», concluiría que «nadie posee realmente, y a fondo más conocimientos que los que ha creado por sí mismo».

Unido a la creencia y al respeto de la individualidad de cada educando, y junto a que nada se enseñaba bien si no era por medio de estos principios, la graduación de los conocimientos es la base fundamental del sistema pestalozziano. Como proceso gradual de educación, el sistema desenvuelve e instruye al niño dándole en la primera edad los elementos de aquello con lo que se relaciona. Después, en la juventud, amplía y desarrolla su instrucción y las facultades despertadas para que incorpore los principios generales y las ideas claras y distintas de las ciencias y la moral, logrando una instrucción científica sistemática, apoyada en la experiencia y la observación. Consecuentemente, se transita de las nociones elementales a los principios razonados de los conocimientos.¹⁰ En el sistema se incluye una tercera fase referida a la escuela especial donde, formado ya como individuo, se instruye en un tema específico que luego será su destino u ocupación exclusiva en la vida.¹¹

⁹ Se pensaba la instrucción sobre tres bases aplicables a todos los conocimientos y a todas las artes: el lenguaje, la geometría unida al dibujo como ciencia de las relaciones de las formas, y la ciencia de los números o el cálculo, asociado siempre al raciocinio. Estos tres aspectos se identificaban como los medios de formación del ingenio y las facultades morales.

¹⁰ La gradual obtención de los conocimientos se desarrolla unida al encadenamiento de las materias que se imparten. Este significa conocer por medio de la aplicación de ejercicios concatenados deducidos unos de otros y enlazados como eslabones de una cadena. De esta forma se asegura la continuidad de cuanto se conoce, sin dejar vacíos. El conocimiento tiene puntos de contacto entre sus diferentes ramas es por esto que para el mejor conocimiento del todo, las partes pueden ser relacionadas. Así se ejercitan las facultades que permiten combinar, razonar y pensar.

¹¹ La Escuela Especial completa el verdadero sentido de la educación del sistema pestalozziano. A partir de la especialización que ella significa, permite comprobar el desarrollo de las facultades individuales adquiridas por los educandos, y hacer más específicos los conocimientos aprendidos de manera general. En los institutos abiertos bajo su tutoría, o en su nombre se podían distinguir tres direcciones fundamentales que ayudaban a encontrar el oficio o profesión adecuada del estudiante. Una primera dedicada a la ciencia de la educación, la segunda dedicada a la educación industrial que abría el camino a la innumerable cantidad de profesiones u oficios necesitados por la sociedad, y la última destinada a la educación de niñas. Esta última parte es importante y significativa porque aunque Pestalozzi no le concede a la mujer otro destino que los deberes maternos y hogareños, cree en que al ser educadas en ciertas exigencias del intelecto, no solo en sus «deberes naturales», se evitaría la vanidad, superficialidad e impotencia intelectual y moral que en mucho no le permite guiar bien a los hijos y reconocer las verdades prácticas de la vida. No hombres, pero si mujeres con juicio.



He aquí la nota que distingue en su amplitud el sistema de Enrique Pestalozzi: concebir la educación como un sistema y mecanismo, destinado a desarrollar y fortificar el entendimiento y las facultades de la razón. Preparado para mostrar al niño, futuro hombre, las posibilidades que tiene, según sus propios recursos, de participar en el mundo de la cultura. Porque lo que contaba era el florecimiento y desenvolvimiento del espíritu humano. La educación, como comúnmente se entendía, se limitaba frecuentemente a la instrucción, o sea, la adquisición de conocimientos prescindiendo del desarrollo de las facultades. Así salían al mundo con ideas mal digeridas e impuestas, sin el contacto suficiente con las esencias de las cosas y desprovistos de un pensamiento propio que lo ayudara a discernir en las diferentes situaciones. Educar dentro del cosmos pestalozziano significaba preparar, abrir el campo de las fuerzas físicas, morales e intelectuales y fortificar el alma.

Un año más tarde, tras recorrer Suiza, España y otros países, regresó el padre O'Gavan. El 12 de diciembre de 1808, presentó el informe sobre su viaje ante la Sociedad. En este documento dio cuenta de lo que había aprendido de la doctrina de Pestalozzi, argumentando sobre su utilidad y de los magníficos resultados del sistema. Para O'Gavan, el método era en extremo virtuoso, porque permitía el desarrollo de la capacidad analítica y las facultades intelectuales de los estudiantes. Mediante él se procedía desde la renovación de los conocimientos humanos enseñados y organizados de una forma noble y provechosa, hasta el empleo de un método o «nuevo órgano» que conducía al alma y a la razón hacia la verdad, situándolas en el camino de los descubrimientos, hasta la reconstrucción, en cierto modo, del entendimiento. Y en la exaltación de su espíritu ilustrado declaraba:

Locke y Condillac, estos dos sabios ideólogos, abrieron el camino de Pestalozzi, y vimos al cabo de unas pruebas sensibles por un sistema práctico de enseñanza, los felices resultados que prepararon las especulaciones de aquellos dos ingenios inmortales. Así que nadie podrá atacar el plan de Pestalozzi sin declarar al mismo tiempo la guerra a las preciosas verdades que nos han dejado consignadas en sus escritos el profundo Locke y el admirable Condillac.¹²

O'Gavan comenzó su informe con la mejor de las consideraciones, sin embargo lo terminó con palabras llenas de pena y resignación. ¿Por qué le sucedió esto a quien apostaba por «el progreso de la juventud en las letras y las ciencias»? Amargas y fatales circunstancias políticas son la respuesta a dicha pregunta.

La Isla de Cuba a pesar de las «muestras de independencia» de la Corona Española seguía siendo una colonia. De tal manera, los acontecimientos que perturbaran a España, por correspondencia, afectaban en algún sentido a la Isla. Una de las razones por las que las obras de beneficio y renovación social del Obispo Espada pudieron ser viables estuvo en el apoyo del favorito de los reyes, Don Manuel Godoy. Este señor era el principal apoyo de muchos de los proyectos e ideas ilustradas en España, y además el

mecenas público del Instituto Pestalozziano de Madrid. Por las relaciones entre ambos, el Obispo conocía las excelencias del método de Pestalozzi y dispuso el envío de su hombre de confianza para valorar y aprender el método. Mas antes que O'Gavan a La Habana, llegaron primero las revueltas políticas que minaron el clima por el cual se mantenía vivo el sentir ilustrado español, proveniente de la acción de los ministros en reinado de Carlos III, y que casi cuestan la vida a Godoy, quien se convirtió en algo parecido al «enemigo público» español. Es así que toda cosa que lo recordara, se convertía en algo hostil a España y los territorios de ultramar. Hablar de Pestalozzi en La Habana hubiese dado suficientes argumentos a los enemigos del Obispo y la Sociedad, y además hubiese puesto en peligro sus proyectos. Mucho ruido y muchas nueces, para que se creara el Instituto Pestalozziano de La Habana, o se instrumentara como método de la enseñanza pública.

Como los males siempre vienen acompañados, a las fatales circunstancias políticas se le unieron otros sucesos: una acusación hecha desde México, y el dudoso otorgamiento de fondos para el financiamiento del sistema. La impugnación hecha por el Tribunal de la Inquisición de México al informe presentado por Juan Bernardo O'Gavan, se sostuvo sobre la base de que el informe, en sus ideas e influencias, alababa a Condillac y Locke, lo cual resultaba inadmisibles para la Iglesia Católica. La causa no tuvo continuidad, y a pesar de ser el siglo XIX, era una acusación suficientemente seria para un padre cura en Las Américas. El financiamiento del proyecto quedó en entredicho por el alto costo del sistema pestalozziano, dado el gran número de profesores por materia, la pequeña cantidad de alumnos por profesor, la duración de la enseñanza, y, en especial, porque la Sociedad ya no recibiría los fondos necesarios para financiar el sistema ni de sus Mecenas, ni de los recursos otorgados a ella, ni de la Corona. Tales fueron los acontecimientos que conspiraron en contra de la aplicación del sistema y método de Pestalozzi en la Isla de Cuba.

Aunque los intentos de aplicación del sistema no fructificaron, no por ello la influencia de lo aprendido sobre la más adelantada de las pedagogías, quedó en el olvido. A pesar de la urgencia de cambios dentro de la enseñanza pública, no todos apoyaban el proyecto de reformas expuesto y llevado timidamente a la práctica. Después de discutido en la Sociedad, el informe de O'Gavan logró predisponer favorablemente a diversos sectores de la sociedad cubana, en especial a la mayoría de los cubanos con recursos. De su disposición a financiar parte de los gastos de las obras sociales, dependía en gran medida la acción de la Clase de Ciencias y Artes convertida después en Sección de Educación de la Sociedad Económica. Y es que el tiempo de espera, y el ulterior examen y divulgación de las ideas del maestro suizo crearon una corriente de análisis y una conciencia positiva hacia el problema de la educación en todos los niveles.

¹² *El Aviso*. 29 de diciembre de 1808.



El sistema de Pestalozzi se consideró incosteable, pero sirvió para dejar bien claro que el desarrollo de la Isla solo se podía llevar adelante si se adoptaba un sistema pedagógico que revolucionara las normas de enseñanza existentes hasta el momento. El Obispo Espada y sus colaboradores habían mostrado de facto que sus sueños eran posibles, pues si causas ajenas al sistema habían determinado su no aplicación, quedaba intacto el empeño por conseguir el método pedagógico más conveniente a la Isla. Discusiones posteriores hicieron posible la aplicación del método de Lancaster y la fundación de la Escuela Normal Lancasteriana, unido a esto estuvo la promoción de cátedras como la de Química, Botánica, Matemáticas Modernas y Física dentro de los niveles más altos de educación.

La mayor de sus evidencias estuvo, sin embargo, en la obra de aquellos hombres considerados hoy como los padres de la pedagogía cubana. Sus escritos y propuestas están profundamente influenciados por el ideario pestalozziano. Principalmente en el trata-

miento del concepto del fin último de la educación y del educando. El objetivo principal de sus doctrinas estaba en crear hombres libres, capaces de responder concientemente a los retos de la sociedad. Seres que fueran guiados por la razón y el buen discernimiento moral. Su tarea primordial establecer, desde la educación las bases de la cultura y el vigor de lo cubano. El espíritu pestalozziano se confundía con la más ansiada inspiración de los criollos de la época: hacer visible la nación cubana.

Hace algún tiempo atrás, cuando caminaba por Lawton, popular barrio habanero, encontré un nombre singular en una de sus escuelas: Enrique Pestalozzi. Una broma de chiquillo me hizo ver que a los estudiantes de esta institución le llamaban «los pestalozzianos». Horas después al contarle la anécdota a un historiador amigo, me puso al corriente de cómo había llegado el nombre de un famoso pedagogo suizo a La Habana. La historia, evidentemente, me cautivó, y comencé a escharbar. El resultado son estas páginas, que con tanta paciencia han leído hoy.

Bibliografía

INSTITUTO DE LITERATURA Y LINGÜÍSTICA

1802-1816 *Actas de la Sociedad económica del País.*- La Habana: Instituto de Literatura y Lingüística.

BIBLIOTECA NACIONAL

1800-1816 *El Aviso.*- La Habana: Biblioteca Nacional.

AGRAMONTE Y PICHARDO Roberto Daniel

1935-1938 «Félix Varela, el primero que nos enseñó a pensar», en *Conferencias de historias habaneras.*- La Habana: [n.d.], t. III (Primera Serie. Habaneros Ilustres).

BACHILLER Y MORALES Antonio

1936-1937 *Apuntes para la historia de las letras y de la instrucción pública en la isla de Cuba.*- La Habana: Ed. Cultural. [3 tomos]

FIGUEROA Y MIRANDA Miguel

1975 *Religión y política en la Cuba del siglo XIX.*- Miami: Ed. Universal.

GARCÍA GALLÓ Gaspar Jorge

1974 «Bosquejo general del desarrollo de la educación en Cuba».- *Revista educación* (La Habana) IV (13): 35-37.

GARCÍA PONS César

1951 *El obispo espada y su influencia en la cultura cubana.*- La Habana: Ministerio de Educación.

GUERRA SÁNCHEZ Ramiro

1965 *Varela y la reforma filosófica en Cuba.*- La Habana: Ed. J. Montero.

JULIEN Marc Antoine

1957 *Exposición del sistema educacional de Pestalozzi.*- La Habana: Ed. Nueva Generación. [2da edición]

LOCKE John

1956 *Ensayo sobre el entendimiento humano.*- México: Fondo de Cultura Económica. [traducción de Edmundo Garman]

MORALES Ofelia

1929 «La evolución de las ideas pedagógicas en Cuba hasta 1842», en *Historia de la sociedad económica habanera*, t. II.- La Habana: [n.d.].

O'GAVAN Juan Bernardo

1943 *La hija cubana del iluminismo.*- La Habana: Molina y Cía.

VALERA Y MORALES Félix

1965 «Elenco 1816. Antonio Bachiller y Morales», en *Apunte para la historia de las letras y de la instrucción pública en la isla de Cuba.*- La Habana: Academia de Ciencias, Instituto de Literatura y Lingüística.

**Résumé**

Ma recherche porte sur les implications que la méthode éducative de Pestalozzi a eues sur la société cubaine de la fin du XIX^e siècle. Nous mettrons en évidence que l'influence de ses idées a largement contribué à la formation d'un groupe d'influence au sein des milieux culturels et intellectuels de cette époque, avec comme conséquence l'apparition d'espaces de réflexion alternatifs sur les notions de nation et de culture dans la société cubaine.

Abstract

The aim of this work is to describe the consequences of the Pestalozzi education method on cuban society at the end of the 19th century. We will show how his ideas contributed to the creation of a very influential group in the cultural and intellectual arena of that period, which encouraged the emergence of spaces for alternative thinking about the notions of nation and culture in cuban society.